

BIOGRAFIA ESTRANJERA.



Rembrandt.

Pablo Rembrandt, llamado *van Ryn*, uno de los mas célebres pintores de la escuela holandesa, nació en 1606 en las orillas del Ryn, entre las aldeas de Leyendorp y de Koukerck, cerca de Leyden: su padre era molinero y el nombre de su familia Gerretsz. Quisieron hacerle aprender el latin, con ánimo de dedicarle á alguna profesion científica, la de la iglesia tal vez ó la del foro. Mostró poca aficion á los estudios que lisongeaban la vanidad paterna, y á los pocos meses fue formal y patenté su repugnancia á la gramática y literatura latina. Manifestó mucha aficion al dibujo y consiguió de su padre, no sin gran dificultad, entrar en el taller de un pintor de un pueblo inmediato, muy ignorado en el dia, y cuyo nombre solo ha conservado la infancia de Rembrandt, Jacobo Zvaanenburg. Estuvo tres años bajo la direccion de este primer maestro, y pasó despues á Amsterdam, siguiendo asiduamente las lecciones de Pedro Lestman y de Jacobo Pinas. Cuando supo todas las tretas del oficio, y hubo adquirido la facultad de

hacer lo que ellos, tan aprisa como ellos lo que sabía hacer; cuando estuvo seguro de su paleta y de sus pinceles, y cansado de obedecer, no principió como Rubens recorriendo la Italia, no visitó las galerías de Florencia, de Roma y Venecia, ni intentó iniciarse con la contemplacion diaria de los misteriosos génius de Leonardo y de Pablo Verones; no tenia ademas ni gusto para ello ni medios. Aunque su padre con su trabajo habia adquirido una cómoda existencia, no hubiera podido sufragar semejantes viajes; y ademas el entendimiento de Rembrandt se contentaba con poco. Volvió al molino, y no tuvo en adelante mas maestro ni otro modelo que la naturaleza. No necesitaba para inspirarse, ni las bodas, ni la cena, ni el juicio; las riquezas de los paisages de Italia, las espléndidas fiestas de las Cortes de Lóndres y de Madrid, no eran necesarias para el desarrollo de su génio. Su primera obra picó vivamente la curiosidad, y las gentes corrieron á verla y admirarla, y todos á una predescian el porvenir que le esperaba. Siguió el

consejo de sus amigos, y se decidió á marcharse á el Haya, donde vendió su cuadro en 100 florines, suma muy módica seguramente, pero bastante para animarle en su principio. Desde entonces se fijó en la capital de la Holanda, y no solo multiplicó allí sus obras, sino que fundó una escuela de pintura, que fue una de las fuentes principales de su riqueza.

Los primeros aumentos de esta, ningún gusto le dieron por la disipación. A pesar de sus rápidos y brillantes triunfos, no sintió siquiera la necesidad de recoger en una sociedad elevada, elegante é instruida, los elogios que á su talento eran debidos; restringió todos sus deseos, toda su ambición al círculo de su arte. Se casó; pero lejos de hacer en ello una especulación lucrativa, se casó con una muger del campo, siguió viviendo como nates entre las gentes del pueblo bajo, asunto habitual y preferido de sus composiciones. «Lo que busco la tranquilidad espedita y la libertad.» Segun parece, el dinero tenia mucha parte en sus cálculos de retiro y sencillez. Sin dar crédito á todos los testimonios de sus contemporáneos, debemos creer sin embargo que en general habia arreglado sus gustos de toda especie muy modestamente. Segun aseguran, sus mejores comidas se componian de areques secos y de queso. Lo que al parecer da algun crédito á este pormenor biográfico, es el singular carácter de los expedientes que usaba para aumentar sus rentas. Exigia de su hijo, á quien encargaba la venta de sus dibujos y grabados, que fugiera haberlos sustraído, para obtener así un precio mayor. Pero la mas fantástica de sus imaginaciones de esta especie, que se eleva hasta la bufoneria, es el haber supuesto su muerte: su muger que tenia igual pasion que él por la economía, participó en la estratagema, é hizo correr la voz de que habia cesado de existir. De un día para otro se cuadruplicó el precio de sus obras; los coleccionistas se agolparon á su estudio, y luego cuando lo hubieron desocupado del todo, el nuevo Epimenides se volvió á despertar y fue á contar los florines de sus admiradores. Sin duda los compradores burlados debian estar incomodados, pero no participamos de la severidad de los biógrafos del pintor, que hallaron en una tan estraña burla motivo para una acusacion. O los compradores querian conservar los cuadros, y entonces los pagaban segun su aprecio, ó querian revenderlos y entonces su truhanada no merece nuestro enojo. Si es cierto, como se dice, que sus discípulos aprovechándose de su afición al dinero, se entretenian en figurar en pedazos de papel monedas, que esparcian despues por el taller, y que el maestro pocas veces dejaba de recoger, no les acusamos, y creemos que era el único castigo que se podia imponer á su avaricia. Habia guarnecido su estudio con muebles viejos, armaduras mohosas, utensilios rotos, telas raras, y llamaba irónicamente á todo esto sus *antigüedades*. Esta singularidad, á la cual se da demasiada importancia, puesto que puede llamarse entre los que no hacen de ello un objeto de estudio como Rembrandt, no vale la pena de notarse.

Mas curioso es el conocer los caprichos de terquedad que tenia, sin desistir, ni en sus relaciones con personas mas elevadas. Los retratos, una de las faces mas brillantes y menos disputables de su talento, le obligaban algunas veces á escuchar las observaciones de sus modelos, que en la mayor parte pertenecian á las primeras clases de la sociedad. Pero si es cierto que de doce veces diez deben despreciarse tranquilamente las observaciones de un ignorante, no sucede lo mismo con lo que una vez aconteció á Rembrandt. Estaba componiendo un cuadro de familia; habia agrupado felizmente las principales cabezas, y ya recogia los elogios de sus modelos y de sus amigos, cuando le anunciaron la muerte de un mono á quien queria mucho, acocida pocos instantes habia. Exaló un suspiro, y en seguida sin decir nada á nadie, traza la figura del difunto, y acaba sin proferir una palabra la apoteosis de su querido mono. La noble familia se incomodó, y exigia que borrara las señales adoradas del amigo singular cuya inmortalidad acababa de asegurar; Rembrandt, no quiso y prefirió llevarse á su casa el lienzo no concluido.

Los discípulos de Rembrandt, que bastarian para su gloria, fueron Gerardo Dow, Flinck y Eeckhoutz. Rembrandt murió en Amsterdam en 1674, y su fama le ha sobrevivido. No haremos la enumeracion ni el juicio de sus mejores obras, pues los artistas á quienes puedan interesar estos detalles los encontrarán en muchas obras, y solo servirian ahora para hacer mas difuso este artículo.

VIAJES.

RAPIDA OJEADA

SOBRE LAS ISLAS CANARIAS. (I)

(Continuacion.)

Arribó el Ilmo. Casas á Fuerteventura despues de una corta navegacion, donde se hallaba el Gobernador Maciot de Bethencourt y por esta causa la iglesia de Sta. Maria de Betancuria fue la primera en donde, con la sencillez y santidad fáciles de concebir, se celebraron las sublimes funciones del episcopado; y habiéndose trasladado sin perder momento á Lanzarote, consagró la nueva Catedral de Rubicon que debia ser por el espacio de 79 años el mas precioso adorno de aquella isla, y el mas fecundo manantial de la verdadera felicidad de todo el archipiélago. Gobernó este varon apostólico su silla, y habiéndolo fallecido en 1410 fue llorado de todos, dejando eterna memoria de su dulce y laborioso pontificado, haciéndose honorífica mencion de él por los historiadores de Bethencourt, en estas breves palabras. «Este Obispo, dicen, ordenó en su iglesia todo lo necesario, y gobernó con tanto agrado y mansedumbre,

(1) Véase el número anterior.

« que se ganó las voluntades del pueblo, y fue causa de grandes bienes en el país. Predicaba con mucha frecuencia, ya en una isla y ya en otra, sin que en él hubiese altanería, y cada vez que predicaba, mandaba hacer oración por Bethencourt, su Rey y Señor, á quien debían la salud de sus almas.... En fin, este Obispo se portó tan bien, que nadie tuvo de que reprenderle.» (1)

Cuando acaeció este fallecimiento aun se hallaba en Sevilla Fr. Alonso de Berrameda, á quien instó nuevamente el obstinado Benedicto XIII para que pasase á la silla de Rubicon, y en vista de su resistencia nombró el mismo Anti-Papa en 1415, á Don Fr. Mendo Viedma. Mas hallándose á la sazón convocado el célebre Concilio de Constanza, que debía poner término al cisma que devoraba la iglesia, parece que la Catedral de Lanzarote dejó pasar desapercibido aquel nombramiento, y habiendo los padres del Concilio restituido la paz á la iglesia, nombrando Papa al Cardenal Colonna, con el nombre de Martino V, se manifestó á su Santidad el lamentable estado en que se hallaba nuestra iglesia, y por atender al remedio de tantos males, nombró por administrador del obispado al Sr. Juan Le Verrier, antiguo capellan de Bethencourt, y Dean que era de Rubicon segun la bula espedita en Florencia á 27 de Enero de 1419. Ignórase el tiempo que duró el encargo al coadjutor Le Verrier, pero es cierto, que reconciliado D. Fr. Mendo con la Santidad de Martino V, pasó finalmente á su silla de Rubicon, en la que á la par que los progresos del cristianismo le llenaban su corazón de las mas dulces complacencias, tuvo que sufrir una atroz persecucion, resultado lamentable de las desavenencias suscitadas entre él, y los Señores de las Islas Maciot de Bethencourt y el Conde de Niebla, con respeto á la libertad de los isleños.

El carácter turbulento y vengativo de Maciot, concibió la idea de molestar á su Obispo con una ocurrencia que á la verdad es bastante notable. Puso en juego la fuerza de sus intrigas, y sin saber cómo se encontró D. Mendo con una bula del mismo Martino V, espedita en 20 de Noviembre de 1424 por la que se erigia en Catedral la iglesia de Betancuria, en la isla de Fuerteventura, uniendo á la autoridad y poder del nuevo obispado las otras islas de Canarias, Tenerife, Palma, Gomera y Hierro, quedando solo reducida la grey del perseguido Obispo á la isla de Lanzarote. Mas esta nueva silla no llegó á establecerse por la oposicion del Obispo D. Mendo, el que lleno de un fuego tal vez superior á sus años y dignidad, sostuvo y defendió los derechos de su mitra, en términos que pasó personalmente á Roma, donde destruyó los planes de sus enemigos, cuya derrota no pudo presequestrar, porque falleció en la ciudad Santa por los años de 1431.

Este revés que el génio emprendedor del Obispo D. Mendo habia hecho sufrir á la prosperidad de la isla de Fuerteventura, para que no decayese el bri-

llo y esplendor de la de Lanzarote, preparó tal vez la pérdida de su misma silla, pues D. Fr. Fernando Calvetos, quinto Obispo de Rubicon y sucesor del Señor Mendo, obtuvo de la Santidad de Eugenio IV una bula dada en Florencia en 25 de Agosto de 1435, por la que se le concedia la facultad de trasladar á la Gran Canaria la silla episcopal de Rubicon, dando por motivo el que la isla de Lanzarote estaba muy espuesta á piratas y saltadores, y tan poco poblada, que no podían subsistir ni el Obispo ni la iglesia. Sin embargo de esto y de que el Papa Pio II confirmó en 1462 la disposicion de Eugenio IV, Lanzarote conservó 50 años mas su silla episcopal y disfrutó del Pontificado de siete señores Obispos, sin contar el Señor D. Juan de Frias, á quien estaba destinada la gloria de llevar á efecto la mencionada traslacion, habiendo sido elevado á tan alta dignidad por el Papa Sixto IV en 1483. Este prelado que tanto se distinguió en la conquista de la Gran Canaria, y que llevaba el real Pendon cuando en Abril de 1483 se sometió la isla, deseando disfrutar las delicias que ofrecia la hermosa isla de Canaria y de proporcionar á esta todo el brillo y esplendor posible, partió á impetrar la gracia de los Reyes Católicos. Dirigiéronse estos á la Santidad de Inocencio VIII, y fue fácil obtener un breve á principios de 1485; y restituido el Sr. Frias á su Obispado, tuvo la gloria de llevar á efecto la deseada traslacion de la silla episcopal desde Rubicon de Lanzarote, á las Palmas de Gran Canaria que ya entonces tenia el título de villa, celebrandose la dedicacion de la nueva iglesia en 20 de Noviembre del mismo año.

Por mas de tres siglos estuvo la isla de Canaria disfrutando exclusivamente de las preeminencias y glorias de la silla episcopal, en cuyo largo período contó cuarenta y cuatro Obispos, desde el Sr. Frias, que falleció á muy pocos dias de la traslacion, hasta el Ilmo. Sr. D. Manuel Verdugo que siendo hijo de la Gran Canaria, fue elevado á la dignidad episcopal con general aplauso en 1796 por la Santidad de Pio VI. Entre este considerable número de prelados se encuentran hombres distinguidos por sus virtudes y por su sabiduría, teniendo la gloria de contarse entre ellos los célebres Bartolomé Carranza y Melchor Cano, bien conocidos en nuestra España, aunque las islas no tuvieron la dicha de verlos.

El pontificado del Ilmo. Sr. Verdugo, que acaso fue uno de los mas notables de las Canarias, mas que todos por lo pingüe de sus rentas, mediante haber disfrutado la época mas floreciente de esta provincia se hizo tambien célebre por las pretensiones de la de Tenerife, sobre division del Obispado. El extraordinario importe de los productos de la mitra, que hubo años llegaron á 120,000 pesos, y la considerable dotacion de las prevendas de aquella Sta. iglesia fueron la principal causa que hizo sufrir á la Gran Canaria el terrible golpe de la desmembracion de su obispado, pues á los defensores de las pretensiones de Tenerife, no les fue difícil demostrar que los productos decimales de las siete islas, daban lo sufi-

(1) Cong. des Canar. pag. 201.

ciente para la decorosa subsistencia de dos obispados. Instruyóse el expediente al través de considerables obstáculos, y de una robusta oposicion por la parte de los canarios; pero la constancia, actividad é infatigable celo de los Sres. D. Alonso de Nava Grimon, Marqués de Villanueva del Prado y D. Pedro José Bencomo, triunfaron al fin de todo; y mediante el poderoso influjo que á la sazón tenía en la Corte el Excmo. Sr. D. Cristóbal Bencomo, Arzobispo de Heraclea, confesor del Rey y hermano de los referidos, se fueron disponiendo las cosas segun los deseos de las islas de Tenerife, Palma, Gomera y Hierro, que debían componer la nueva diócesis.

Los achaques que en los últimos años de pontificado, agoviaron la existencia del Ilmo. Sr. Verdugo, hicieron concebir la idea á los amantes de Tenerife, de proporcionarse un obispo auxiliar. Logróse esa pretension, y el Ilmo. Sr. D. Vicente Roman y Limares, Obispo de San-Sara fue nombrado al efecto en 1 de Octubre de 1815 y preconizado en Roma en 22 de Julio de 1816. Dilatóse la venida del Ilustrísimo Sr. Limares, y entre tanto sucedió el fallecimiento del Sr. Verdugo en 27 de Setiembre de 1816; de forma que cuando en 12 de Agosto de 1817 arribó á Tenerife el Obispo auxiliar, ya se habian enjugado las lágrimas producidas por la muerte de tan ilustre prelado, quedando el Sr. Limares revestido de todas las facultades ajenas á su alta dignidad. Y en tales circunstancias no fue difícil obtener de la Santidad de Pio VII la célebre bula de 1 de Febrero de 1819, por la que se erigia el nuevo obispado de Tenerife, y la real auxiliatoria de la Magestad de Fernando VII, dada en Madrid á 18 de Agosto del mismo.

Difícil es ponderar los efectos que produjeron en el ánimo de los isleños estos memorables documentos, y pasando en silencio varios incidentes que tuvieron lugar en tan notable acontecimiento, solo te diré que el 21 de Diciembre de 1819 quedó erigida la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de los Remedios de la ciudad de Laguna en la isla de Tenerife, en Catedral y cabeza del nuevo obispado, mediante la comision apostólica y régia concedida al Ilmo. Sr. Linares en la real orden de 18 de Agosto de 1819 ya citada.

La nueva iglesia debía componerse de seis dignidades, á saber: el deán, chantre, tesorero, arcediano titular de Tenerife, de la Palma y de la Gomera; catorce canongías contando con las cuatro de oficio, diez raciones y ocho medias raciones.

Aquí tienes amigo mío, en pocas líneas bosquejada la historia de los obispados de las islas Canarias; ¿y qué quieres tu que te diga yo ahora sobre el estado actual de su clero? Punto es este que á la verdad mejor sería pasarlo en silencio. A lo menos así lo haré con respecto á la horrorosa miseria que agobia al estado eclesiástico, en un país donde el catolicismo se conserva con todo su esplendor; donde la piedad cristiana se halla profundamente arraigada en los corazones y donde el culto divino se celebra con toda su brillantez y magníficos atavíos. ¡Efectos lamentables de la época que atravesamos! Así concier-

tándome puramente al personal de una clase tan benemérita, te transcribiré algunas noticias que no dejarán de interesarte.

La Sta. iglesia Catedral de Canaria, que por su institucion tiene un considerable número de prebendas, se halla en el día reducida al cortísimo número de siete capitulares, no siendo esta la mayor de sus desgracias, sino la de llorar la ausencia de su buen pastor el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Judas José Romo y Gamboa, célebre por sus virtudes y sabiduría, y bien conocido por sus escritos en favor de la iglesia, por la cruel persecucion que ha experimentado, y por las singulares muestras de aprecio con que lo ha distinguido nuestra Reina Doña Isabel II. (1)

Los nombres y categorías de estos virtuosos eclesiásticos son los siguientes:

- D. Juan de Frias, arcediano, titular.
- D. Graciano Alfonso, doctoral.
- D. José Alvarez Vazquez, canonigo.
- D. Pedro de la Fuente, magistral.
- D. Pedro del Castillo, racionero.
- D. Henrique Hernandez Rosado, racionero.
- D. Fernando Falcon, racionero.

Ademas de esto el obispado de Canaria tiene quince beneficios curados, provision de S. M., incluso cuatro curas de Sagrario que tambien se dan por oposicion, y veinticinco curas amovibles, provision de la mitra, hallándose distribuidos unos y otros en treinta y cinco parroquias en las que se proporciona el pasto espiritual á los fieles. En la ciudad de las Palmas de Gran Canaria, existe un seminario conciliar que fundó el Ilmo. Sr. Cervera en 1777 (2) el que hasta el establecimiento de la Universidad literaria de la Laguna en 1817, fue como un plantel de buenos eclesiásticos. Actualmente se halla en la mayor decadencia por falta de fondos, sin embargo del infatigable celo de su digno rector el Sr. canónigo magistral D. Pedro de la Fuente.

(Se continuara).

ARQUEOLOGIA.

PLACAS DE ESCLAVOS.

En Roma, los esclavos encadenados (*vincti*) y los que alguna vez habian intentado fugarse, llevaban al cuello un collar de bronce, en el cual grababan, como en los de los perros, el nombre y habitacion del dueño. Los sajones ponian tambien iguales collares á sus siervos en Inglaterra, en el siglo XI de nuestra era.

(1) El Ilmo. Sr. Romo es natural de la provincia de Guadalupe, y nació en la villa de Cañigas el dia 7 de Enero de 1776; fue preconizado en Roma el 20 de Enero de 1831, y consagrado en Madrid en la iglesia de S. Felipe Neri el 1 de Mayo inmediata.

(2) Carlos III aprobó sus Instituciones en 22 de Noviembre de 1768.

En el gabinete de medallas de la Biblioteca Real de París, se conservan tres de dichas placas, cuyos fac-símiles damos á nuestros lectores, siendo la cuarta sacada del tratado de los esclavos de L. Pignori.

Un Papiro griego publicado por Mr. Letrenne en el *Diario de los sábios* en 1833, menciona esta especie de collares. Léese en él un anuncio que ofrece una *buena recompensa* al que presente dos esclavos escapados de la casa de cierto Aristógenes, diputado de la ciudad de Alabanda en Alejandría. Se dan con exactitud las señas de los dos esclavos y se anuncian las sumas ofrecidas. Esta clase de anuncios, bajo el nombre de *proclamatio* ó *predicatio*, los pregonaba el heraldo público á son de trompeta, y se fijaban en una columna destinada á este uso en el Agora (*plaza pública*).



Primera inscripcion. TENEME QUIA FUGIO ET REVOCA ME IN VIA LATA AD FLAVIVM D. M. (*Dominum meum*). — « Deténeme porque huyo, y vuélveme á la calle ancha, en casa de Flavio mi dueño.»

La *via lata*, literalmente *calle ancha*, nombre de una de las calles de Roma antigua, que tiene aun en el día, daba su nombre á la séptima de las catorce regiones ó cuarteles en que dividió á Roma el Emperador Augusto. Benedicto XIV dividió aquella ciudad en catorce *regioni*. Se vé pues que la palabra *regio* de la antigüedad, ha sido conservada casi sin alteracion en la Roma moderna.



Segunda inscripcion. TENE ME NE FUGIA (*fugiam*). REVOCAS ME IN REGIONE PRMA (*prima*) AURELIO. — «De-

téneme, para que no me escape. Condúceme al primer cuartel, á casa de Aurelio.»



Tercera inscripcion. TENE ME QUIA FUGI ET REBOCA ME IN BIA LATA AD GEMELLINU (M) MEDICU (M)— Deteneme porque he huido, y condúceme á la calle ancha, en casa del médico Gemelino.»

Se advertirá en esta inscripcion el uso de *B* en lugar de *V*: *reboca bia*, lo que indica que esta inscripcion data del cuarto ó quinto siglo de la era cristiana.



Cuarta inscripcion. FUGI EUPLOGIO ó (*operibus*) PRS (PREFECTI VRB (*urbis*))— « He huido de casa de Euplogio empleado en las obras del prefecto de la ciudad.

Se vé en la parte baja en una corona (de espinas tal vez) la cifra de Cristo, la X y la P griegas (Chr), al lado una palma, y á la izquierda la cifra P. E. Esta cifra y esta palma que se encuentran en gran número de monumentos antiguos, han dado lugar á muchas discusiones entre los anticuarios. Supónese que era la señal de una de las facciones de los juegos de Roma.

Si no se supiera que muchos cristianos opulentos tuvieron esclavos lo mismo que los paganos, bastaría á probarlo esta última inscripcion. Euplogio, dueño del esclavo que llevaba esta placa, era de seguro cristiano. En otras placas, publicadas por L. Pignori, se menciona á uno de los esclavos de un acólito de la basílica Clementina.

POESIA.

Las flores hablan.

I.

No al campo solitario y misterioso,
¡oh vate afortunado!
demandes ilusion enamorado.

Ni busques en las aguas de la fuente,
ni en sus morados lirios,
efusion halagüeña á tus delirios.

Ven, poeta...
de mi huella
sigue en pos;
la corona
será tuya;
el encanto
de los dos.

¡Héla allí!... Bajo el iúpulo frondoso
de nieve y esmeralda

¿no ves cual flota su celeste falda?...
¿No ves sobre su frente de pureza

y en sus manos las flores
cual avivan sus pálidos colores?

Canta, canta,
¡oh poeta!
su heldad;
no te acuerdes
do está ella,
de la triste,
soledad.

—Sentémonos aquí en el verde cesped,
que alimenta el rocío,

junto al tronco del álamo sombrío,

Y de la noche próxima, callada,
la mas brillante estrella
escuchará mi lánguida querella.

Númen santo
dáme grata
inspiracion!
Que ella escite
su cariño;
compadece mi pasion.

II.

Relacion y trova.

Entre nubes rompió la alborada
matizada de oro y azul;
sobre espeso avellano escondido
en su uido la anuncia el *buldül*.

Caminando, á su espalda la lira
la que inspira delicias de amor,
á un castillo de torres guardado
se ha llegado gentil trovador.

Ninguno le acecha;
silencio hay en torno;
su pecho cual horno
ardiéndole vá;
derrama la vista
de angustias perpleja...
su dama en la reja
mirándole está.

Divina criatura, honor de las hermosas,
sultana de las rosas, te adora un trovador;
vecino á aquestos muros robustos, almenados,
sus versos desmayados recobrarán vigor.

Por tí, mi dulce Lisa, me pierdo en el desierto;
por tí me finjo muerto al ruido mundanal,
tú eres de mi pecho la vida y la alegría,
sin tí la gloria mia es pompa funeral.

Si en choques repetidos mil jóvenes guerreros
esgrimen sus aceros postrándose ante tí,
yo exhalo blanda trova al pie de tu ventana...
la enramo de mañana con mirto y alhelí.

No escuches, ángel mio, la voz de la riqueza,
falaz es su belleza, su brillo es oropel,
mientras el honor eterno, la paz jamás inquieta
tesoro es que el poeta, recoge en su laurel.

Responde á mis ansias,
paloma inocente;
mi amor es ardiente,
mi prez celestial.
En vez de tesoros
que turban el alma
te ofrezco una palma
y un nombre inmortal.

III.

—No busques en la noche silenciosa,
cantor enamorado,
expansion á tu seno fatigado.

Ni demandes á Sirio refulgente
que alumbra esa espesura
venturosa ilusion á tu ternura.

Oh poeta!
ten por premio
esa flor;
del Alhambra
los sultanes
la llamaron...
dulce amor.

BURGOS R. MONJE.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LOS MORISCOS DE VALENCIA.

La espulsión de los moriscos es uno de los sucesos más notables de nuestra historia, y cuya importancia ha sido más controvertida: los escritores que han tratado acerca de ella lo han hecho con una parcialidad tal, que ó bien no han encontrado elogios con que encomiarla cifrando en ella la salvación de España, ó bien por el contrario no han sabido achacarla sino á intolerancia ó fanatismo. Por lo común los que así deciden no han visto más razones que las de una parte, ó más bien, preocupados por el espíritu de partido, quieren servirse de la historia en favor de sus teorías. Dejando nosotros á un lado esta cuestión en que los principios económicos luchan con los políticos, daremos una rápida ojeada sobre los últimos instantes del mahometismo en España, y las penosas convulsiones con que se despidieron sus sectarios del país, que por ocho siglos habian dominado.

Más no sin razón nos hemos decidido á tratar acerca de los moriscos de Valencia, con preferencia á los de otros reinos ó provincias. El levantamiento de los moriscos andaluces ha sido descrito por las plumas de acreditados historiadores, llegando algunas de sus obras á ser clásicas en literatura, por su pureza y lozanía. El nombre de Aben-Humeya es vulgar entre nosotros, al paso que apenas se conocen los de Millino y Turigi (dignos también de algún recuerdo por su valor y sus desgracias). Con objeto pues de recordar esta parte interesante de nuestra historia, trazaremos un ligero cuadro acerca de la espulsión de los moriscos de Valencia, el efímero imperio de sus últimos reyezuelos, y su desastroso fin. Al mismo tiempo se conocerá, que si bien razones poderosas de economía se oponían á la espulsión de los moriscos, no eran tampoco infundadas del todo las que aconsejaban aquella medida, fundándose en su aversión á los españoles, sus inteligencias con los enemigos de la nación, y sobre todo sus continuas conspiraciones, especialmente en Valencia y Aragón.

Entre todos los moriscos los que más recelos infundían eran los de Valencia, no solo por su mucho número, sino también por su proximidad á las costas: por esta razón pareció oportuno descargar sobre ellos el primer golpe. Al efecto convocáronse las armadas de Nápoles, Sicilia y Lombardía y parte de las naves que guarnecían las costas de España en el mediterráneo á el atlántico. Por las grandes fuerzas que para ello se reunieron podrá venirse en conocimiento del temor que inspiraba al gobierno aquella empresa, á pesar de las grandes fuerzas con que contaba. La armada de Génova compuesta de 16 galeras al mando de D. Carlos d'Oría, trajo 1000 soldados del tercio de Lombardía, después de haber guarnecido aquel país; la de Nápoles de 11 galeras con 1500 soldados de aquel tercio, era mandada por el Marqués de San-

ta Cruz, y finalmente, la de Sicilia con 9 galeras y 800 hombres al mando de D. Oclavio de Aragón, vino á reunirse con las otras á Mallorca con todo el sigilo posible. Juntáronse á estas más de 20 naves de la armada de España á las órdenes de D. Pedro de Toledo, y 12 galeones del Atlántico, mandados por Don Luis Fajardo. Reunida esta gran escuadra en Mallorca, dirigióse repentinamente á Valencia según las órdenes secretas de la Corte, al mismo tiempo que por tierra ocupaba el General D. Pedro Pacheco varios puntos de aquel reino, inmediatos al de Aragón, con algunas compañías de hombres de armas y los caballos ligeros de la guardia vieja de Castilla.

Hechos todos los preparativos con el mayor sigilo, señalóse el día para la publicación del bando, que fue el 22 de Setiembre de 1609. Publicóse en efecto aquel día á nombre del virrey D. Luis Carrillo de Toledo Marqués de Caracena, incluyendo en él la carta original que el Rey le habia enviado y que contenia lo siguiente: « Que saliesen todos los moriscos del reino con sus mugeres é hijos, llevando consigo todos sus bienes muebles: que desde la publicación del bando, ninguno saliese del término de su lugar, hasta que se presentase el comisario encargado de llevarlos hasta la marina, á cuyas órdenes habian de estar enteramente sujetos; que fuesen condenados á muerte todos los que talasen ó quemasen frutos, edificios etc., ó escondiesen algo; y finalmente, que en cada pueblo quedasen seis por cada ciento que se espulsasen, debiendo ser labradores y de los que inspirasen más confianza: que á los espulsos no se les hiciese ningún mal tratamiento ni despojo; que pudieran permanecer los que probasen que recibían los Santos Sacramentos, las moriscas que estuviesen casadas con cristiano viejo, y los hijos de cristiana permanecieron también con su madre, aun cuando el padre fuera espelido, como igualmente los muchachos menores de cuatro años, que quisieran quedarse, consintiendo sus padres ó curadores.»

Grande fue la sensación que causó este bando entre los moriscos, á pesar de los indicios que hacia tiempo tenían para temerlo. Embarcáronse al punto los de Gandía y otros varios lugares de aquella tierra, inmediatos á la marina. No así los de la Serranía, los cuales empuñando las armas que tenían ocultas, determinaron sostenerse á todo trance en el país. Levantáronse simultáneamente los de Alaxuar y valles inmediatos y los del valle de Ayora. Los del Maestrado de Montesa estaban ya para levantarse y fortificar la sierra de Espadán, pero se detuvieron por los consejos y angustias de un Alfaqí. Quedaron pues aislados los moriscos de Alaxuar y Ayora, de cada uno de los cuales trataremos aparte, puesto que no llegó el caso de que se unieran entre sí, para obrar mancomunadamente.

II.

Los que primeramente se levantaron fueron los moriscos del Valle de Ayora, y se juntaron en grau

número en el pueblo de *Teresa*. Presentóse allí al mismo tiempo un bandolero célebre en aquel país á quien llamaban *Pablillo el de Ubecar*. Era este un morisco aunque pequeño de cuerpo, hombre de mucha resolución y grandes fuerzas: seguido de una gabilla de siete ó ocho moriscos armados de pedreñales, atacaba con frecuencia á los cristianos, sorprendía los pueblos desprevenidos, dentro de los cuales contaba con tantos espías como individuos de su secta había en ellos, y á veces tomaba sangrientas represalias por los que sacrificaba el Santo Oficio. El prestigio que estos hechos le hablan adquirido entre los moros, hizo que todos le aclamasen por jefe al punto que se presentó, destino que hubiera tomado él por la fuerza, cuando no se lo ofrecieran de grado. Como hábil conocedor del país y práctico en la guerra de montaña y sus ardidés, que muchas veces ensayara contra los pueblos inmediatos, determinó tomar al momento algunas medidas de precaucion. Conociendo la necesidad de tener un punto de apoyo que inspirase confianza por su fortaleza, subió á una áspera montaña llamada la *Muela de Cortes* (por un pueblecito de este nombre, que habia en ella) y despues de fortificarla con varios reparos, dejó allí un buen golpe de hombres, marchando con los restantes mas ligeros y mejor armados á recorrer los pueblos y levantar gente. De este modo obligó á tomar parte en la insurreccion á los de Bicornb, Navarrés, Millás y el Condado de Castalla y otros muchos lugares, acosando al mismo tiempo á los cristianos y ejerciendo en ellos sangrientas venganzas.

Fue horrible entre otros el desastroso suceso de Navarrés, que manifiesta el estado de exasperacion en que se hallaban los ánimos. Los moriscos de aquel lugar acudidos por aquel bandolero salieron de la Muela de Cortes y sorprendieron una noche su mismo pueblo. Algunos vecinos avisados de este ataque, lograron con mucho trabajo refugiarse en el palacio, que por su fortaleza servia de castillo, otros fueron asesinados inhumanamente por las calles y en sus casas. Dirigíase principalmente su furia contra el cura, hombre celoso y respetable, que habia trabajado con mucho ahinco en su reduccion, y á quien por este motivo odiaban encarnizadamente. Habiéndole sorprendido en su casa, le bajaron á golpes y empellones hasta el patio, despues de haber asesinado á su familia y saqueado su casa. Arrojárónse sobre él y ayudado Pablillo por los bandidos metió al infeliz sacerdote dentro del pozo sosteniéndole por las piernas, mientras que otros le aplicaban teas y achas encendidas. Despues de una prolongada y horrible agonía soltáronle de las manos y sin apiadarse con sus lamentos, llenaron el pozo de piedras con infernal griterío y algazara. Dirigiéronse al palacio y viendo la imposibilidad de apoderarse de él por la vigorosa resistencia de sus defensores, le pegaron fuego por varias partes y usaron inhumanamente á los que trataban de escapar de entre las llamas. Por este horrible episodio, (como el cual pudieran citarse otros muchos) podrá venirse en conocimiento de la animosidad, que guardaban

aqueellos hombres contra todos los españoles.

Pocos dias despues se reunieron los moriscos en la plaza de Cortes para elegir un Rey; los pareceres eran harto encontrados acerca del candidato. En vano Abdalla, el Alfaquí de Bicornb insistió en hacerles desistir de aquel propósito manifestándoles lo aventurado de su empresa y el trágico fin que les aguardaba, la multitud de tropas que contra ellos se habian agolpado y finalmente la poca union, que reinaba entre ellos. Viendo el poco efecto que hacian en sus ánimos estas razones, pasó á esponerles otras que por efecto de las ideas supersticiosas concibió le harian mas impresion, y recordó los agujeros y conjuros que se habian hecho en varias aljamas de Aragon y Valencia, y que eran públicos entre ellos. En algunas habian encendido á un tiempo dos cirios de igual peso y tamaño que representaban á Cristo y á Mahoma, consumiéndose el de este último mucho antes que el anterior. Otra morisca habia echado en una criba trece huevos, uno de los cuales llevaba una cruz, y despues de haberlos zarandeado halló íntegro tan solo este último. Todos estos agujeros corrian de boca y muy válidos entre los moros hasta el punto de que muchos de ellos se habian negado á secundar la empresa del alzamiento apoyados en tan ridículo fanatismo. A estas razones replicó Amira, otro Alfaquí, hombre entusiasta y que gozaba fama de sabio y virtuoso, desentendiéndose de los presagios, y entusiasmado los ánimos con la pintura de sus padecimientos y la gloria de morir por tan santa causa.

—Pues bien, dijo Abdalla, yo te juro por Rey si quieres serlo. — ¡Viva el Rey Amira! gritó el pueblo: pero este aterrado con tan repentina resolución, huyó de entre la turba y se escondió precipitadamente. Nombróse en seguida á un moro bastante sabio del pueblo de Teresa, el cual rechazó la dignidad, á pesar de las instancias de los suyos, alegando las razones que espusiera Abdalla. Finalmente despues de larga conferencia, recayeron los votos en un rico moro del pueblo de Catadan, llamado Turigi, el cual aunque ausente no titubeó en aceptar el cargo tan luego como lo supo, fiado en un cuento á manera de profecía, que leyera en uno de sus libros y del cual hablaremos mas adelante.

Aquella misma noche salieron 100 jóvenes de los mas aguerridos, y se dirigieron al Marquesado de Lombay. Avisado Turigi de su llegada reunióse al punto con ellos, y al dia siguiente se presentó en Cortes al frente de su escolta. Recibiéronle los moriscos con todo aparato, y despues de haber jurado sobre el Alcorán guerra á muerte contra los cristianos, y recibida la bendicion del Alfaquí Amira que habia vuelto á salir en público, pasaron todos á besarle la mano en la plaza misma de Cortes, donde se habia levantado al efecto un tablado y colocado una silla para él.

(Se continuará.)